

analiza los elementos ornamentales, y va dibujando nuestro boceto con las formas deliciosamente ingenuas del Hospital y con los elegantes trazos del Convento, inscritos en sus elementos estructurales (elementos que son típicos del Acámbaro de los setecientos, que aparecen primero en el Convento y luego en las demás construcciones posteriores, y que se aprecian muy bien en las portadas, de orden toscano, con las arquivoltas de los arcos cortadas contra las pilastras, éstas cajeadas, molduradas o almohadilladas, y con friso pulvinato a menudo; elementos que pueden tener sus orígenes y antecedentes en Celaya, en Sevilla, en Leonardo de Figueroa), los va dibujando, sí, primero en lo esencial y luego en lo accesorio. El tercer recorrido, erudito, acaba el dibujo: es la iconografía, que se hace extensa especialmente en las riquísimas y por una vez extraordinarias fachada del templo del Hospital y enjutas de los arcos del claustro alto del Convento.

La monografía se funda en fuentes diversas: libros, informaciones, algunos documentos y, sobre todo, en la observación aguda y cuidadosa, atenta a lo largo de los tres recorridos, y cuyas sensaciones y percepciones son espléndidamente comunicadas al lector con un lenguaje nunca escaso de conceptos.

Bernardo GARCÍA MARTÍNEZ
El Colegio de México

Francisco DE LA MAZA: *La mitología clásica en el arte colonial de México*. México, UNAM, 1968. 251 pp. (Instituto de Investigaciones Estéticas. Estudios y fuentes del arte en México, xxiv).

La Universidad, por medio del Instituto de Investigaciones Estéticas, ha editado este nuevo libro del incansable y aparentemente cada vez más trabajador Francisco de la Maza. Dije yo, refiriéndome al penúltimo libro de De la Maza que si lo cortés no quitaba lo valiente, en él lo barroco tampoco quitaba lo clásico; y es el caso de repetirlo, porque se trata justamente de un tema que es a la vez "clásico" y "barroco": el de la presencia de la antigüedad grecorromana en el arte de la Nueva España.

Tema este por demás interesante y lleno de posibilidades, revelador de muchas cosas acerca de la vida y de la conciencia del hombre novohispano. Y no deja de ser curioso que, a pesar de que cuando se ocupa uno de la época colonial se tropieza a

cada rato con pedazos de estatuas griegas, con dioses paganos, con héroes y con personajes históricos de aquella antigüedad, nadie se hubiera preocupado por meterle el diente y apenas alguna referencia perdida pueda encontrarse por ahí en los estudios. En todo caso, sin duda De la Maza es la persona mejor preparada para llevar adelante esa empresa; profundo conocedor del arte colonial (no es siquiera necesario decirlo) y también sólido humanista (en el sentido clásico del término; y tampoco es necesario decirlo), él tiene los mejores títulos para desempeñarse en materia como esta: el resultado que obtiene no es sorprendente.

El libro de que me ocupo no tiene mayores pretensiones teóricas: se presenta a sí mismo como un catálogo, no exhaustivo pero sí amplio, inteligente, curioso y a menudo ameno, de los aspectos mitológicos que tuvieron cabida durante los siglos de la colonia.

Trata en él únicamente de obras plásticas. Las referencias literarias, que son inmensa muchedumbre, sólo le ocupan muy brevemente en el prólogo o cuando forman parte de algún "objeto plástico", en cuyo caso, según la importancia o el valor estético que el autor les concede, se da a transcribir trozos de diversa extensión.

De la Maza cita 81 obras o grupos de obras, las menos de ellas conservadas hasta ahora, las más conocidas sólo por referencias escritas. De ellas corresponden 9 al siglo xvi, 28 al xvii, 36 al xviii y 7 al xix (que llegan hasta 1831). La mayor abundancia que se observa para los siglos xvii y xviii se debe a que de entonces hay mayor cantidad de información, y no precisamente a que las veleidades mitológicas se hayan prodigado más en esos siglos; la menor cantidad para el xvi resulta, en correspondencia, de la falta de datos; y la también menor del siglo xix a que de él el libro abarca pocos años. El espacio que el autor dedica a cada obra o grupo de obras es muy variable, según la importancia que concede a cada caso y la cantidad de informaciones que sobre cada uno pudo avenirse. Pero ni aun de las obras más destacadas pretende hacer un estudio específico y cuidadoso: su intención es sólo la de describir, y fuera de eso apenas concede alguna observación o inteligente o curiosa, siempre interesante dado el desahogo con que en ambos campos (el clásico y el barroco) se mueve el autor.

Las fotografías, en número de 74, ilustran, con mayor o menor fortuna —según su calidad— las obras que subsisten y a las que hace referencia el texto sí, además, pudieron fotografiarse.

Entre las grandes cualidades de *La mitología clásica en el arte colonial de México*, más allá de su amplia información y de su amenidad, está el destacar, precisamente, y exponer ese curioso, peculiar y descuidado aspecto del arte colonial; y ancilarmente el de indicar la importancia de aquellas magníficas obras de arte efímero que eran los arcos de triunfo (y ya De la Maza se había ocupado, desde 1946, de otras interesantes creaciones precederas: las piras funerarias), verdaderas obras de un día, obras “inútiles” por excelencia, “artificios del arte” en el sentido más estricto, y que justamente por eso tanto nos revelan de aquella sociedad y de aquellos hombres.

Ciertamente un libro no puede juzgarse por lo que a uno le hubiera gustado que fuera, sino sólo por lo que el autor quiso que fuese. La intención de De la Maza fue hacer una relación comentada, especie de *catalogue raisonné*, y en ese sentido es prácticamente inobjetable. No quita que sea lástima que no se haya decidido a tratar en serio el problema de la convivencia del mundo clásico en el mundo barroco: porque ciertamente se trata de algo más profundo que el deseo de diversión o que la sola “huída, muy elegante [que] se desarrolló en el arte... como un descanso de la constante y devota religiosidad...”, que son las explicaciones que muy a vuela pluma señala en el prólogo. El fenómeno habría que verlo con una perspectiva más general, con sus raíces en el humanismo renacentista —no por renacentista necesariamente heterodoxo—, en el mismísimo Erasmo; y hay que tener presente que la cultura clásica, por lo menos hasta los albores del neoclasicismo, se refugió en el mundo católico (y ahí estuvieron los colegios jesuitas, semilleros de humanistas) mucho más que en el protestante (donde fue explícitamente censurada por el propio Lutero); y, en fin, no debe olvidarse que los hombres de la época barroca nunca se sintieron en oposición a la antigüedad clásica, antes bien, desechadas las “fealdades” y las “torpezas” (que eran tales a los ojos de la moral tridentina), la aceptaron siempre como un valioso acervo que los enriquecía. Pero, ciertamente, esto ya es otra historia: y hablar de ella no quita ni un pelo al interés ni a la utilidad del último libro del doctor Francisco de la Maza.

Jorge Alberto MANRIQUE
El Colegio de México